CAPITULO XLIV.

Plan inícuo.

Volvamos lectores mios á las inmediaciones de Fontainebleau. Vosotros me seguís en estas contínuas escursiones, sin miedo al cansancio ni al polvo del camino, ¿no es verdad?...

Los novelistas tenemos el inapreciable don de viajar con el pensamiento, el no menos grato de penetrar en todas partes profundizando los abismos del corazon y sobre todo, el mas apreciable para mí el de simpatizar con los lectores, que tienen la paciencia de seguir este desaliñado relato página por página y hoja tras hoja.

Esto basta para que obtengan mis simpatías ¿obtendré yo las vuestras, queridos lectores?

Con qué placer os veria á todos los que me leais, reunidos á mi alrededor, en torno de mi mesita llena de flores, cuyo delicioso aroma me embriaga en este momento... Me ofreceria una alhagüeña perspectiva ver tantos rostros dis-

tintos, tantas miradas, tantas sonrisas fijas en mí, y tanta curiosidad reflejada en vuestros semblantes, preguntándome todos ¿y qué fué de Rosa?... por que con seguridad, este tipo es el que mas os interesa en la novela: ¿nó es cierto?

Pues no os lo puedo decir hasta el final; perdonad que no satisfaga vuestra curiosidad y no debeis estrañarlo por que soy muy poco amable.

Ahora vamos á buscar á Tula, sorprendiéndola en la grata ocupacion de retratar á su hijo.

El dibujo ya casi concluido representa al niño sentado en la cuna entre las nubes de encaje que forma sobre su cabeza la colgadura.

Tiene un juguete en la mano, y contempla sonriendo á su padre que vestido con el uniforme de capitan de coraceros está sentado al lado de la cuna.

El parecido de ambos era admirable y magnífica la composicion.

Al dar Tula los últimos toques sobre aquella cabeza adorada sintió oprimírsele el corazon y empezaron á correr sus lágrimas.

La hermosa y triste jóven se habia formado una religion de aquel amor, y le tributaba entusiasta culto dedicándose á su recuerdo con todas las fuerzas de su alma, probando de esta manera que no hay mejor tabernáculo para el amor que el corazon de la mujer.

La suave brisa de la primavera habia empezado á matizar las flores del jardin y Tula por concluir su cuadro madrugaba mas que de ordinario y se retiraba despues, que otros dias.

Jaime que anhelaba tener con ella una franca conver-

sacion, y cuyo deseo le tenia muy inquieto, recibió el correo y sin leerle se bajó al jardin.

Se puso á dar vueltas por el pabellon donde Tula tenia su cuarto de estudio, y sin atreverse á entrar fué á situarse entre el ramaje desde donde sin ser visto podia contemplarla á su sabor.

La vió dibujando afanosamente, despues contemplar el dibujo, besarle con enternecimiento y por último entristecerse y llorar con profunda amargura.

Parecia el tígre que acecha su presa.

—Qué tendrá!... murmuró con acento sombrío.

Oh! esta mujer es de hielo; á pesar de mis atenciones, á pesar de mis sacrificios, á pesar del inmenso cariño que la demuestro á todas horas no consigo que me ame, no consigo borrar de su alma el recuerdo de ese Leon aborrecido!...

Tula despues de haber llorado largo rato miró el reloj y conociendo que era muy tarde se levantó precipitadamente y dejando el dibujo sin tapar, echó á correr hácia la casa, esclamando:

—Ay! mi niño se habrá despertado y no me encontrará.

El afan de la jóven era que nadie si no ella recibiera la primera sonrisa de su hijo cuando se despertaba por las mañanas, gozando con sus caricias y encantada de las inocentes gracias que iba desplegando de dia en dia.

Apenas desapareció entre los árboles se lanzó Jaime al pabellon.

Toribio que llegaba por una calle de tilos le hizo señas enseñándole desde léjos un papel que llevaba en la mano; pero Jaime no le hizo caso, penetró en el gabinete de Tula lleno de ardiente curiosidad.

Toribio sabia que estaba solo, porque la jóven se habia cruzado con él en el camino y aun le preguntó:

—Ha oido V. llorar á mi niño?

—Llorar nó; pero deben estar despiertos los tres, porque he pasado por debajo de las ventanas de su habitacion y suena mucha algazara y las alegres risotadas de Juana que los acaricia.

—Ah! los corderillos!... murmuró Tula y desapareció.

Jaime pálido, con el cabello erizado, crispados los puños y los ojos fijos en el dibujo, tenia un aspecto infernal.

Toribio entró y asustado al verle, esclamó:

—Dios mio!... qué tiene V.!...

Pero no le oia.

Le castañeaban los dientes y tenia pintada en el semblante la ira mas violenta.

Lleno de rabia adelantaba los puños en son de amenaza hácia el retrato.

Toribio temiendo su furia decidió retirarse sin hablarle; pero tropezó en una silla.

Al ruido, Jaime volvió la cabeza asombrado.

—Quién está ahí gritó.

—Señor, soy yo; me marchaba no queriendo molestarle.

—Ven aquí.

Y cogiéndole del puño le arrastró con creciente cólera como si hubiese sido un muñeco.

Le puso delante el retrato y le preguntó:

—¿Conoces á estos?

—Nó, señor; el niño sí creo conocerle; calla!... si es Aurelio, y cómo se le parece el militar!...

—Fíjate bien en ellos; son mis enemigos, los que me roban el sosiego, la felicidad, la paz y tienen envenenada mi existencia.

—Pero ese capitan de coraceros quién es?

—Ese hombre es un muerto que ha salido de su tumba para confundirme; y tú le has de perseguir.

—Cáspita!... yo no me entiendo con muertos, señor!

—Le conocerás si le ves dentro de uno, de dos ó de tres meses?

—Dificilillo es, procuraré retener su fisonomía en la memoria; repuso Toribio, y creo que no se me despintará.

—Bueno, ahora ven.

Y arrastrándole detrás de sí, salió del pabellon y se lo llevó al sitio mas retirado del jardin.

—Tú me sirves hace muchos años y yo tengo plena confianza en tí; en virtud de esta confianza, has asistido á mi casamiento y sabes cuánto sufro con esa mujer altanera y desdeñosa que no me ama, ni puede amarme porque está consagrada á adorar la memoria de ese aborrecido capitan que es el padre de su hijo.

—Luego el niño no es de V.

—Nó; ¿qué te has figurado? francamente.

—Señor; cuando V. me hizo venir de Huesca, con el objeto de ser testigo de su boda y me presentó á los tres niños como hijos suyos yo me asombré, pero como no tengo costumbre de preguntar nada si V. no me lo confia, callé, y creí desde luego, que habian Vds. tenido estos niños en secreto y se casaban queriendo legitimarlos.

—Pues bien; en dos palabras lo vas á saber todo.

Tula y su hermana Isabel, hicieron la locura de casarse

con dos jóvenes que no les igualaban en posicion, despreciándonos á mi hermano y á mí; hicieron estas bodas en secreto, algunos meses antes de la batalla de Huesca, sin formalidad ninguna, desposándolos el capellan del regimiento de ese capitan, y siendo testigos dos oficiales del mismo.

El amor inmenso que yo he tenido á Tula, me hizo entrar en sospechas y observé, quedándome alguna noche escondido en su casa, que el capitan subia á su cuarto: quise descubrir al padre estos amores: pero se descubrió una conspiracion en que teníamos parte y fuimos arrestados, por los maridos ó mas bien por los amantes de Isabel y de Tula.

Llegó la batalla; busqué en el fragor de ella al capitan y le maté arrastrando su cadáver á un matorral, registrándole hasta encontrar en una cartera los documentos que me revelaron la verdad, informándome de su boda y del estado interesante en que se hallaban las dos hermanas.

Le dejé allí y me dirigí con los batallones que estaban á mis órdenes á matar á los dos oficiales que habian sido testigos de la boda y al capellan que estaba auxiliando á unos heridos cuando una descarga le quitó la vida.

Luego como ganamos la batalla y nos apoderamos del cuartel general de las tropas de la reina busqué el archivo y le destruí, á fin de que no quedara prueba ninguna de aquel casamiento; de manera que hoy es nulo; Tula no le podria probar aun que quisiera.

Me fuí en seguida al palacio del marqués del Cinca con órden suya para traerme su familia á Francia y lo conseguí fácilmente porque las dos hermanas se salvaban de esta manera dando aquí á luz á sus hijos.

—De manera que esos dos niños...

—Son de ellas; el mayor es mio; llevado de mi amor por esa ingrata la propuse que nos casáramos adoptando los tres niños como de legítimo matrimonio para darles nombre y posicion.

Ella se convino: pero no he podido conseguir su cariño y soy el hombre mas desgraciado del mundo.

Ahora bien, para colmo de tormento su marido que dejamos muerto al parecer y que ella misma le vió, ha resucitado, le salvó una mujer precisamente la madre de mi hijo y vive y está haciendo prodigios de valor distinguiéndose en todas las batallas; ya es coronel.

—Pues quitarle de en medio; porque es un compromiso si ella le vé; dijo Toribio.

—Ya lo creo; eso es lo que espero de tí; pero antes vas á llevarte á su hijo, no quiero ver á ese niño aquí; te daré veinte mil duros; arréglatelas como puedas y llévatele; no quiero matarle; que le concluyan de criar en un pueblo cualquiera y yo te daré mensualmente una pension para él. Es necesario ante todo hacer las cosas de manera que Tula no sospeche de mí y que yo sea su único consuelo en la tierra.

—Déjemelo usted pensar y mañana le espondré mi plan; contestó Toribio.

—Convenidos. Y despues que el niño esté en seguridad buscarás á Leon y dia por dia sabré lo que hace y en qué se ocupa, sin perderlo de vista un solo momento.

—Pero ese espionaje es caro en un hombre como él que vá con el ejército.

—Por dinero no hay que apurarse; lo que yo deseo es

quedar dueño absoluto del campo y conquistarme á cualquier precio el corazon de Tula.

—Puede usted fiar en mi discrecion dijo Toribio.

—Y tú en mi profunda gratitud y en la confianza ilimitada que me inspiras, le contestó Jaime.

Aquellos dos mónstruos se separaron á meditar su horrible plan.

CAPITULO XLV.

Confidencia.

Jaime estuvo aquel dia mas afectuoso que nunca con su esposa.

Durante el almuerzo Toribio manifestó que deseaba ir á París para asuntos propios y que tendria que trasladarse á Huesca por algunos meses á causa de la enfermedad de su padre que le anunciaban en carta recibida en aquel mismo dia.

Jaime le concedió desde luego permiso y terminado el almuerzo se despidió de los dos esposos, sientiendo mucho Tula esta ausencia porque era amable, complaciente y sabia adivinar sus menores deseos habiéndose grangeado su confianza, por aquella flexibilidad de carácter que le hacia plegarse á todo, ganando las simpatías de unos y de otros aunque pensasen de distinto modo.

Estaba la tarde magnífica y Jaime propuso á Tula que diesen un paseo á pié por los campos inmediatos á su casa,

pretestando que la encontraba algo pálida y que el ejercicio la seria conveniente.

—Sí, es verdad; estoy delicada hoy; pero los niños se han ido en coche al bosque y tenemos que ir á buscarlos. Tenemos ya enganchado el carruage.

—Vamos, pues; pero esta vida no conviene á usted, mi querida Tula, es demasiado sedentaria... y la puede perjudicar; dijo Jaime.

—Desde mañana, y ya que estamos en la primavera, voy á dar algunos paseos matutinos, contestó ella.

—Me permitirá usted acompañarla?

—Y por qué no?... pero será un sacrificio para usted que no le agrada madrugar.

—¿Podrá usted dudar de que yo no omito sacrificio ninguno por complacerla?... preguntó Jaime con voz conmovida.

—Ah! es usted muy bueno para mí, y confieso que voy profesándole alguna estimacion; dijo Tula dirigiéndose á buscar el abrigo y el sombrero que tenia sobre una silla.

Su rápido movimiento cortó la palabra á Jaime que no pudo continuar hablando en aquel sentido.

Ella sin mirarle siquiera, sin advertir la espresion infernal de aquel rostro al escuchar sus palabras afectuosas, pero indiferentes, se puso al espejo el chal y el sombrero, tomó los guantes y la sombrilla y volvió diciendo:

—Cuando usted guste.

Jaime la afreció el brazo en silencio y salieron.

En el carruage descubierto no podian hablar, el ruido lo impedia y los criados que podian oirlos.

Se limitaron, pues, á esa conversacion indiferente com-

puesta la mayor parte de monosílabos y admiraciones, sobre el buen tiempo, sobre los accidentes variados del paisaje ó sobre cualquier cosa habitual.

Al pasar por delante de uno de los jardines de Fontainebleu, Jaime vió salir una porcion de gitanos, varias mujeres iban con ellos que llevaban en brazos criaturas muy hermosas.

—Qué preciosos niños!... esclamó Tula contemplándolos, y las madres son tan morenas!...

—Serán robados; dijo Jaime con indiferencia.

—Robados!... qué horror!... ¿y para qué los quieren? esclamó Tula estremeciéndose.

—Para comerciar con ellos; ese es su oficio; esos gitanos vagamundos cometen mil tropelías por donde ván, y generalmente son muy aficionados á llevarse los niños hermosos y robustos.

El coche pasó con rapidez y los perdieron de vista; sin embargo, Tula quedó vívamente impresionada pensando en el dolor que tendrian los padres de aquellas criaturas que ellas llevaban en los brazos para escitar la caridad pública.

Estuvo impaciente por llegar donde estaban los niños y mandó poner los caballos á un trote largo.

Jaime la tranquilizó diciendo.

—Allí están los niños; debajo de aquellos árboles, ya los veo á los tres; Octavio parece un perdigon.

En efecto, los niños pequeños estaban en brazos de las criadas y Octavio corria jugueteando con un gran caballo, seguido de su niñera.

Estuvieron un rato paseando por los jardines y volvieron á casa al anochecer.

Nada ocurrió de particular; aquella noche Jaime estuvo mas galante que nunca, y despues de comer se sentó á leer los periódicos cerca de un velador.

Tula se levantó diciendo que iba á acostar los niños; pero no volvió por el salon y Jaime pasó la velada solo.

A las doce bajó al jardin y vió luz en las habitaciones de Tula; las ventanas caian al jardin y estaban tan bajas que podia penetrar un hombre perfectamente por ellas sin gran esfuerzo.

Así como habia entrado por la mañana en el cuarto de estudio de su mujer, á registrar todos sus dibujos, ansiaba examinar aquel dormitorio donde la jóven velaba y donde no le habia sido permitido penetrar jamás.

Largo rato estuvo contemplando aquella luz y dirigiendo sombrías miradas al aposento como queriendo traspasar las colgaduras de las ventanas que le impedian ver á Tula en el fondo del lecho acostada quizá, sin pensar en él, orando acaso por su Leon y besando loca de alegría á su adorado hijo.

Los celos le consumian.

Amaba con delirio, con la intensidad de una pasion contrariada y gemia en la impotencia sin traspasar la valla que le separaba de su mujer.

De repente una figura esbelta envuelta en un peinador blanco apareció en el balcon. Era Tula; tenia el cabello tendido por la espalda y estaba admirablemente bella.

Nunca Jaime la habia visto así.

Se estremeció y tendiendo los brazos hácia ella cayó de rodillas en silencio sin atreverse á hacer el mas pequeño ruido para que no desapareciese la encantadora vision.

Cobijado debajo de un árbol y en la oscuridad de la noche ella no podia verle.

Jaime se levantó y animado de una idea súbita se acercó al balcon, que era un antepecho á muy poca altura del suelo y esclamó con voz temblorosa por la emocion.

—Tula!... Tula!... soy yo... Jaime...

La jóven cuyo primer impulso al sentir una voz estraña fué retirarse, miró á su marido que le tendia los brazos en ademas de súplica.

—Que hace V. ahí, á estas horas? le preguntó.

Todo el valor de Jaime se apagó al escucharla y al verla cerca de sí.

Tenia la timidez del que ama verdaderamente. Sin atreverse á decirle el objeto que le llevaba allí la mayor parte de las noches y que no era otro que el deseo de verla y el de oir alguna vez su voz cuando el niño se despertaba y le volvia á dormir cantándole canciones llenas de ternura maternal, se acercó un poco mas y le dijo medio cortado.

—Como esta noche no ha salido V. al salon, temí si estaria enferma, y no queriendo molestarla, yendo á preguntárselo, me paseaba por aquí, á ver si estaba ya acostada, ó si aun tenia luz en su cuarto.

—Muchas gracias por su interés; estoy perfectamente, y no he ido al salon á jugar nuestra partida de ajedrez por que Aurelio estaba un poco inquieto y no le he querido dejar.

—Pero ya está bien?... preguntó Jaime.

—Sí; se ha dormido profundamente; y yo antes de acostarme me asomé á ver que noche hacia.

—Magnífica; si estamos ya casi en verano.

—¡Ea! pues hasta mañana; son mas de las doce.

—Y el paseo matinal?... preguntó Jaime queriendo detenerla con un ademan.

—Ah! es verdad!... ya no lo recordaba; bien, si está V. levantado á las siete, pasearemos hasta las nueve, le espero á V. en mi pabellon.

—No faltaré, adios!...

Jaime se retiró lleno de júbilo; iba por fin á verla sola, á hablarla!... á decirla que no podia vivir en aquel estado y que se moria de amor.

CAPITULO XLVI.

Paseo matinal.

Aquella noche Jaime no durmió.

Ya no le estorbaba el niño, y si ella la amaba hubiera consentido en dejársele.

Ah! que felicidad!... ser amado de aquella encantadora mujer! era la suprema dicha!...

Pero en este caso se irian léjos, á los Estados-Unidos donde ella no pudiera saber nunca que Leon existia.

En su embriaguez ya no se acordaba de la confidencia que tuvo para la mañana con Toribio, éste se marchó á Paris, á meditar su plan y quedó en escribirle ó en volver, si para la ejecucion era necesaria su presencia.

Llevó dinero en abundancia y ámplios poderes de su amo para trabajar en interés suyo.

Aurelio dormia en su cuna al pié del lecho de su madre, la niña de Isabel con su nodriza ocupaba una habitacion á la derecha, y la de la izquierda estaba destinada para Octavio con su niñera.

De manera que Tula con su hijo estaba en medio.

Aurelio no se despertaba nunca hasta las nueve.

Tula á las seis se levantó; dejó á su niño dormido, que aun en sueños la sonreia y besándole en la frente bajó al jardin.

Iba sencillamente vestida con una bata de mañana y el cabello recogido bajo las anchas alas de un sombrero de paja que se puso para resguardarse del sol.

Llegó á su cuarto de estudio y tomó una cartera, papel y lapiceros con objeto de sacar algunas vistas de los bellos paisajes que rodean á Fontainebleau.

No eran todavía las siete cuando se presentó Jaime, delante del pabellon.

Tula bajó corriendo con la cartera debajo del brazo.

—Ah! perezoso!... ya le estaba esperando á V. esclamó ella riendo.

—Pues estoy en el jardin desde las seis, y no le he visto venir; es verdad, que he estado en el invernadero haciendo este ramo para V.

Y al decir esto le presentaba un artístico y primoroso ramillete de flores.

—Mil gracias!... es precioso y está hecho con mucho gusto. El jardinero los hace tan mal!... todos los dias cuando sube los ramos que le tengo pedidos para mi habitacion tiene Juana que reacerlos por que se marcha cada flor por su lado.

—Yo ignoraba que hubiera V. dado esa órden, y á saberlo le habria ayudado en tan grata tarea, pero como no entro nunca en sus habitaciones no he tenido lugar de observarlo.

—Sí; me gustan mucho las flores.

—Me alegro, pues, haberla complacido esta vez.

—Y bien, vámonos al paseo; si V. gusta iremos por este camino de la derecha que conduce á Fontainebleau, donde he visto en un valle una preciosa casita, de una jente, muy pobre se conoce, pero tan aseada, tan bella, apareciendo blanca como la nieve en un fondo de verdura, con un riachuelo que serpentea á sus piés y un anciano y una niña guardando unas cabras que amenudo se encaraman á los árboles, es un paisaje encantador y quiero copiarle.

—Donde V. guste; pero deme la cartera y yo la llevaré.

Jaime llevaba la cartera debajo del brazo izquierdo, el derecho se lo ofreció á Tula que lo aceptó y se dirigieron al valle indicado.

Al salir de su casa creyó Jaime ver un hombrecillo que por su talla y visto por detrás se parecia á Toribio; pero volvió la cabeza y le encontró con grandes patillas negras y ya no hizo caso creyéndolo una ilusion pasajera, porque Toribio era rubio.

Continuaron su camino y apenas desaparecieron, aquel hombre dió la vuelta y entró en la casa por la puerta del jardin seguido de una mujer, que por su facha parecia una gitana.

—Hace tanto tiempo que deseaba hablar á V. á solas mi querida Tula!... dijo Jaime con timidez y no sabiendo como empezar su conversacion.

—Y por qué no hablamos en francés?... dijo ella, en este idioma, si estamos en Francia!...

—Ah! nó, nó; permítame V. continuó él en español,

que la esprese los sentimientos de mi corazon en nuestro idioma nativo.

Tula hizo un gesto de desagrado.

Jaime continuó.

—Amiga mia; V. sabe que la amo, casi desde la niñez; pero mi pasion tomó incremento cuando V. llegó de Nueva-York; y despues al ser mi mujer, al verla todos los dias, al vivir bajo su techo, se ha desarrollado prodigiosamente y yo ya no puedo vivir sin decírselo, sin saber si podré ser correspondido en un plazo mas ó menos largo.

—Vaya! qué tonterías!... apenas ha cumplido el año de luto de mi primer esposo y ya me habla V. de amor; ¿no fué una de las condiciones de nuestro contrato matrimonial que no tocaríamos á este punto?...

—Es verdad; por eso respeté su voluntad y su dolor, dejando que pasara ese año que ha sido de angustia para mí; V. me ha visto siempre á su lado, siempre esclavo de sus deseos, adivinando sus pensamientos para realizarlos enseguida, he sufrido y llorado silenciosamente, pasando noches enteras bajo sus balcones con la débil esperanza de oir su voz y ya no puedo prolongar mas tiempo mis intolerables pesares.

—Yo no comprendo el amor como las demás mujeres que aman hoy á uno y mañana á otro; mis sentimientos son mas profundos.

Todavía no se ha borrado de mi alma la pasion que profesé á mi esposo querido, y es imposible que mientras siga amando su memoria pueda reflejarse otra imágen en mi corazon.

Yo no debo, yo no puedo engañar á V. fingiendo un

sentimiento que no me ha inspirado. Le profeso una profunda gratitud, una estimacion grande y aun casi podria decir verdaderamente fraternal; pero nada mas; esto es lo único que puedo concederle por hoy, no sé si el tiempo tiene la virtud de apagar los afectos del alma; en este caso yo no puedo dudar que algun dia se cambie nuestra amistad en amor.

—Pero hasta entonces yo he de vivir sufriendo?...

—Y bien, separémonos si le causa pena vivir á mi lado; yo siento el método de vida que V. hace; tiene por mi parte completa libertad, distráigase, váyase á pasar largas temporadas en Paris, en Lóndres; busque en la sociedad los encantos que no puede ofrecerle el campo y sobre todo nuestro aislamiento, que á mí no me conviene dejar porque mi espíritu fatigado necesita reposo y soledad.

—Veo que V. no me profesa ninguna clase de afecto cuando me propone una separacion; esclamó Jaime profundamente afectado.

—Momentánea nada mas, amigo mio; con objeto de que V. halle la vida mas agradable con las distracciones que ofrece el mundo.

—Un hombre apasionado solo puede hallar consuelo á sus dolores cerca del objeto de su amor.

—Y cuando la satisfaccion de ese amor es imposible se busca en la ausencia el lenitivo; se apresuró á decir Tula.

Jaime quiso insistir; pero habian llegado al sitio designado por ella, y pidiéndole la cartera fué á situarse en una pequeña eminencia desde donde el golpe de vista que ofrecia el risueño valle era encantador.

Jaime sombrío y meditabundo se sentó al pié de un árbol; conoció que era inútil insistir.

Aquel corazon empapado siempre en el amor del capitan no podia pertenecerle.

Estos obstáculos le irritaban mas y mas.

Tula sin cuidarse de él, sin mirarle siquiera estuvo dibujando cerca de una hora; cuando concluyó de copiar el paisaje miró su reloj y se levantó.

—Amigo mio; mi querido Jaime, dijo con tono afectuoso acercándose á él; no me conserve V. rencor por mi franqueza, ¿no es mas hermosa la sinceridad que el engaño?... seamos hermanos.

Y le tendió la mano que él moviendo tristemente la cabeza no aceptó, limitándose á presentarle el brazo galantemente.

Tula le tomó, y se dirijieron en silencio hácia la casa.

—Por qué no se marcha V. unos dias á Paris? le dijo ella al cabo de un largo rato de penoso silencio.

—Sí, lo haré, contestó él; aun cuando no creo hallar en ninguna parte la curacion de mis penas.

Tula no sabia que decirle y deseaba llegar cuanto antes á su casa.

—Allí tenemos muchas relaciones, y V. puede pretestar que mi salud no me permite abandonar el campo, ni recibir á nadie; pero en V. es un deber el visitar á los amigos; así cumple por los dos.

Jaime calló; evidentemente estaba muy preocupado.

Tula alargó el paso llena de inquietud diciendo.

—¡Ay! son cerca de las nueve y se habrá despertado mi niño.

Entraron en el camino de árboles que conducia á su casa y vieron ir corriendo hácia ellos á Juana toda azorada, con el cabello en desórden, gritando y corriendo como una loca.

—Dios mio!... qué tiene Juana!... esclamó Tula.

Jaime comprendió al punto el disfraz de Toribio, y ya no dudó de que el robo del niño se habia consumado.

—Él era!... murmuró para sí; pudiendo apenas seguir á Tula que habia echado á correr tirando la cartera para reunirse con Juana.

—Que hay!... que sucede?... esclamó, cuando estuvo al alcance de su voz.

—¡Ay! señorita de mi alma!... yo me muero!...

—Pero qué sucede!... qué!... habla!...

—El niño!... Aurelio!...

Y la pobre muchacha cayó en el suelo sin sentido, atacada de una convulsion.

Tula penetró como una flecha en la casa, subió á su cuarto, todos los criados estaban en la mayor consternacion; la cuna estaba vacía y el balcon abierto.

—Por allí se le han llevado, por allí.... gritaban los criados señalando al balcon. Las gitanas han sido.

—Dios mio!... robado!... robado!... gritó la pobre madre cayendo desplomada sobre la cuna.

Como si Dios hubiera querido castigar la maldad de Jaime, su hijo Octavio, del que nadie hizo caso en aquella tribulacion, se cayó desde lo alto de una escalera rompiéndose una costilla y fracturándose un brazo.

Le recogieron casi muerto.

Cuando Tula volvió de su desmayo rompió á llorar

amargamente, salvándola esto de la pérdida de su razon.

Se informó de la doble desgracia que acababa de acontecerles y aunque su inmenso dolor no le permitia fijarse apenas en el de su marido, no fué tan egoista que no hallase fuerzas en sí misma para atender á todo, avisando á las autoridades para que se persiguiese á los gitanos, haciendo requisitorias por todas partes para buscar al niño y ofreciendo por medio de los periódicos sumas fabulosas al que se le llevase, cuidando al propio tiempo de Octavio cuya vida estuvo en inminente riesgo y ya los facultativos desesperaron de salvar.

Jaime que en medio de su maldad era supersticioso y fanático se aterró ante las consecuencias de su crímen y completamente anonadado se abatió de modo que daba lástima verle.

El profundo dolor de Tula tuvo alguna tregua entretenida con la esperanza de que su hijo pareceria al fin; pero por desgracia no fué posible encontrarle.

El astuto Toribio tenia bien tomadas sus medidas y cuando se empezó activamente á buscar al niño estaba éste en el territorio español, en manos de una buena nodriza vizcaina.

CAPTULO XLVII.

El abrazo de Vergara.

Vamos á decir lo que fué de Leon el bizarro capitan de coraceros, primer esposo de Tula, que convaleciente aun de las heridas que recibió de mano de Jaime en la batalla de Huesca, se dirigió á presentarse al general Espartero que estaba por entonces en Madrid siendo ministro de la guerra, de cuyo cargo hizo dimision entonces cuando tuvo lugar la sublevacion de Pozuelo de Aravaca.

Acompañado el capitan del valiente y fiel Tomás, hijo de la tia Gervasia, que le tomó mucho cariño, resolvió dejarle á su servicio, á cuyo efecto vendió el carro y las mulas y se consagró por completo á su jóven amo, que aseguró desde luego la subsistencia de la pobre anciana que quedaba sola en Moralejo.

Siguió Leon al general Espartero en toda su gloriosa campaña durante el año 38 y 39 distinguiéndose en algunas batallas de tal manera, que obtuvo varios ascensos con-

siguiendo al fin el grado de coronel en la gloriosa accion de Villareal de Álava.

Mas tarde, el 20 de agosto de 1839 le siguió en su movimiento sobre el fuerte de S. Antonio de Urquiola del que se apoderaron con todos sus bastimentos y municiones.

A todo esto inquieto por la suerte de Tula la habia escrito á Huesca diferentes veces, sin tener jamás contestacion. Por conducto de Tomás hizo que su madre preguntase por ella en casa del marqués del Cinca y siempre le contestaba que se hallaba en el estranjero.

Por último no pudiendo ya vivir en aquella cruel incertidumbre escribió á la infortunada madre de Diego Espinosa pidiéndola noticias que calmaron algun tanto su ansiedad.

La señora María le contestó diciendo que se le habia creido muerto en la batalla de Huesca, y por efecto sin duda de aquel error Tula se habia casado con Jaime como lo probaba la esquela que ella habia recibido dándola parte de la boda la cual le incluia como comprobante.

Le decia además que Tula antes de casarse habia tenido un niño, y una niña Isabel, cuyas dos criaturas adoptó Jaime como hijos legítimos, siendo quizá el deseo de dar un nombre á su hijo lo que decidió á Tula á aquel casamiento.

Isabel afligida siempre por la suerte de Diego al que no podia olvidar, habia profesado en un convento de Huesca. Tula y su marido habian ido á establecer su residencia en los Estados-Unidos.

Estas noticias tuvo Leon, que le sumieron en el mas profundo dolor.

Desde luego el bravo militar hubiese corrido á buscar á su esposa y arrancar la vida al infame Jaime, que no contento con haberle querido asesinar, le robó lo mas caro á su corazon su mujer y su hijo, obligando á la desventurada que se creyó sola y desvalida á casarse con él por cubrir su honor y dar á su hijo una posicion y un nombre que no tenia.

Pero como militar valiente y pundonoroso, tuvo que dar tregua á los sentimientos del corazon; para cumplir con su deber, no siéndole fácil obtener una licencia temporal hasta la conclusion de la guerra que estaba al espirar, por que esto era en agosto del año 39, cuando los generales Espartero y Maroto estaban en negociaciones de paz.

El 25 del mismo mes á las seis de la mañana se avistaron los dos generales en la Ermita de S. Antolin de Abadiano, dejaron el estado mayor y la escolta en el camino y penetraron los dos en la casa del guarda de la Ermita, acompañados solamente del brigadier Linaje, secretario del Duque, del coronel Wilde comisionado del Gobierno británico y de D. Antonio Urbiztondo, jefe de los batallones castellanos.

No llegaron á convenirse en esta conferencia; pero poco despues acosado por sus compromisos el general carlista Maroto, hubo de aceptar las mismas bases que habia desechado en Abadiano.

Al efecto mandó á Oñate, córte que fué de D. Cárlos y á la sazon cuartel general de Espartero, una comision compuesta de los generales Urbiztondo y Latorre, el brigadier Iturbe, el coronel Toledo y el auditor general La-

fuente que fueron recibidos por el invicto duque de la Victoria en la mañana del 29 de agosto.

Estaba solo el duque con su secretario y ni aun quiso invitar como lo habia hecho otras veces al coronel Wilde representante de la Gran Bretaña en el cuartel general porque siendo este asunto de españoles, debia resolverse por ellos esclusivamente, sin mediacion alguna estranjera.

Espartero dictó las condiciones que fueron admitidas sin réplica por los comisionados de Maroto.

Firmado el convenio por el caudillo de los constitucionales pasóle éste á las manos del general Urbiztondo el cual lo entregó al momento á D. Simon Latorre á quien correspondia por antigüedad trasmitir aquel interesante documento á Maroto para que lo firmase.

Así terminó la célebre conferencia de Oñate en la cual quedaron ajustados los tratados de paz que fueron objeto de otro acto solemne y glorioso acaecido dos dias despues en los campos de Vergara, el que vamos á permitirnos describir para conocimiento de los lectores que no conozcan á fondo la historia de estos últimos años.

Tuvo lugar el célebre abrazo de Vergara entre la carretera de Francia y el rio Deva.

Serian las ocho de la mañana del dia 31 de agosto, tan memorable en los fastos españoles, cuando el general Urbiztondo, al frente de seis batallones, tres escuadrones y dos piezas de artillería desfilaban por delante de las tropas constitucionales que habia en Vergara, bajo la direccion entonces del brigadier Labastida, segundo jefe del E. M. G. del duque de la Victoria.

Ambos ejércitos hiciéronse mútuamente los honores de

ordenanza y situados en alternativa con los cuerpos que habian victoreado y victoreaban en triunfo á la libertad, á la constitucion y á la Reina, los antiguos defensores de D. Cárlos esperaron algunos instantes inquiriendo ansiosos con sus miradas la presencia del esclarecido general Espartero, objeto de amor para muchos, de admiracion y de respeto para todos.

No se hizo esperar mucho tiempo el noble duque de la Victoria, anheloso mas que nadie de ver llegado el momento de dar la tan deseada paz á los pueblos. Cercado de numeroso y deslumbrante séquito, apareció de allí á poco en el campo de la reconciliacion el caudillo de los constitucionales, llevando á su izquierda al general D. Rafael Maroto. Despues de recorrer en su brioso alazán la estensa línea de aquellas innumerables huestes, saludando á todos con marcial y afable cortesía, dió su frente á la division castellana, previniendo á su general que mandara echar armas al hombro.

Igual movimiento ejecutó entre tanto su ejército y despues de una breve pero elocuente y arrebatadora alucucion propia del suceso con la cual este capitan insigne logró conmover los corazones de todos los circunstantes espresando y aun magnificando toda la sublimidad, la grandeza imponente de aquel acto, con voz clara, con acento sentido y enérgico tuvo al fin lugar la escena grandiosa y tierna de aquel histórico drama en que acercando el Duque de la Victoria junto á sí al general Maroto y estrechándole entre sus brazos, decia en alta y distinta voz: «*abrazaos todos, hijos mios, como yo abrazo al general de los que fueron contrarios nuestros.*»

Imposible es que la pluma pinte con exacto colorido los rasgos sobrehumanos de la primera impresion de este tan notable suceso.

Alborozados unos y otros los jefes, oficiales y soldados de ambos ejércitos, procuraban multiplicar entre ellos aquella escena que rebosaba tanta cordialidad filósofica, tanta y tan heróica poesía como la que acababan de ejecutar entrambos capitanes.

Mil vítores y aclamaciones á la constitucion, á la Reina, á la paz, á las fueros, y al esclarecido Duque de la Victoria poblaban en aquellos momentos los aires y eran correspondidos con júbilo por soldados que hasta este dia se habian hecho mútuamente guerra encarnizada.

Las músicas tambien, léjos de resonar como hasta entonces estrépitos marciales y bélicos acentos, hacian oir con indecible júbilo melodiosos sonidos que anunciaban la paz y la union, simbolizadas en los himnos que en aquel instante y como por inspiracion se entonaban.

Grande, magestuoso, sublime y heróico espectáculo, el que ofrecian los hijos de una misma patria, deponiendo los ódios y rencores con que por espacio de seis años se habian estado haciendo cruda guerra, deponen tambien las armas porque al fin han llegado á comprenderse y se reconcilian y se allegan, y se unen y se amistan y se abrazan..... Aquel que habia sido antes un campo de Agramante, veíase instantáneamente convertido en un sabroso apacentadero de palabras cariñosas y tiernas.

Encontrábanse todos allí muy á su placer fraternizando y buscando cada cual al antiguo objeto de su predileccion

y aun de su amor, con quien habia estado sin embargo luchando á muerte tantos años.

Maravillosos y estraños efectos de las guerras civiles que forman la parte mas trágica y sentimental de esos dramas de sangre y de luto tan funestos y odiosos!... Allí jefes y oficiales que habian sido compañeros en el ejército de Fernando VII, obligados despues á la muerte de éste por sus opiniones á seguir opuestas banderas buscábanse unos á otros con los brazos abiertos para anudar y satisfacer su antigua amistad; allí los que en su infancia y en su juventud habian frecuentado una misma escuela, los parientes, los hermanos, los padres y los hijos á quienes un error fatal de cálculo, ó una mala direccion de las pasiones, habian tenido en liza tan horrible tan largo tiempo demandábanse gozosos tambien en altas voces y se buscaban con los brazos abiertos para volver á la senda hermosa de la fraternidad y de la concordia de la cual un falso interés los habia separado.

No hay palabras con que poder espresar todo lo que tenia de sorprendente y admirable este acto solemne de la reconciliacion de ambos ejércitos que dió la paz á España y afirmó en las sienes de Isabel II la corona de su padre.

CAPITULO XLVIII.

El padre y el hijo.

Así que se firmó la paz en Vergara, ya el coronel don Leon María Rubiales, pudo dedicarse á sus asuntos de familia y obtuvo una licencia temporal, marchándose inmediatamente á Huesca seguido de su fiel Tomás con objeto de adquirir noticias sobre el paradero y nuevo casamiento de su esposa, cuando él existia aun y con muchos brios para vengar tamaño ultrage.

Llegaron á Moralejo al anochecer y despues de buscar Tomás un alojamiento cómodo para su amo donde le dejó instalado, se fué un momento á abrazar á su madre á la que no habia visto hacia mas de dos años.

Era el mes de setiembre.

Leon queriendo guardar el mas riguroso incógnito para no espantar á Jaime si estaba en el país y sabia su llegada, iba de paisano, habian dejado la diligencia en la carretera

antes de llegar á Huesca quedándose en Moralejo á pasar la noche.

La casa donde fué á hospedarse Leon, era de un pobre hidalgo muy anciano, que habia sufrido en su fortuna quiebras muy repetidas por mala direccion, y por empeñarse en dar carrera á un hijo único que tenia, que al fin no concluyó ninguna por faltarles los recursos viéndose reducidos casi á mendigar, si el hijo del marqués de Nieblas no hubiera recibido al chico en su casa como escribiente.

Le daba un corto sueldo que apenas le bastaba para mantenerse; tenian muchas deudas y solo les quedaba la

padres, dejando á

habia llegá

rós

mi madre encargada de su fortuna que

do á ser decentita, porque D. Jaime era gene-

y quiso pagar su amor con dinero compraba una casa

y varias fincas.....

—Y vive con sus padres?

—No, señor; dice mi madre que al ver que pas

aban

una mañana á decirles que no sabia qué

hacer del dinero

y los bienes que la dejó; pero l

recibieron muy mal el

padre y hermanos que mur

semejante mujer, y se

la infeliz Rosa

fué arrojada de la casa paterna en una cru-

disima

los

porque no se ha vuelto á saber de ella en el país.

—Pobre mujer!... así paga ese miserable á los que

han amontonado, dejando sus pobres padres sin

Ah, bribon!... no descansaré hasta verte su

última gota

de sangre!...

sus puños cerrados en señal de amenaza se levantaban sobre su cabeza.

—Tambien he averiguado algo sobre las dos familias, por un primo mio que está sirviendo en casa del marqués de Nieblas, y estaba por casualidad esta noche en casa de mi madre.

—Ah! díme!... díme!.. ¿está mi esposa en Huesca? preguntó con impaciencia Leon.

—Nó, señor; desde el dia de la batalla que se marchó al estrangero, no ha vuelto por aquí; mi primo dice que están en América el matrimonio y que tienen dos ó tres hijos.

—Oh! furor!... uno de ellos será el mio!... gritó Leon rechinando los dientes de rábia.

—Los dos marqueses viejos, el del Cinca y el de Nieblas, no han querido acojerse al convenio y se han marchado con Don Cárlos á Francia permaneciendo fieles los muy imbéciles á su rey de Bastos, que vá como una mona corrida hácia los Pirineos.

Una lijera sonrisa se dibujó en los labios de Leon al escuchar las chanzonetas de Tomás, pero á poco volvió á quedarse profundamente pensativo.

—Y qué se sabe de la señorita Isabel?

—Profesó en un convento de Huesca y hoy es la priora de la comunidad. Su madre, la anciana marquesa, está atacada de parálisis, y vive la desgraciada siempre en la cama asistida por la señora María, la madre del infeliz don Diego que es una santa.

—Bien, pues; mañana al amanecer despiértame, y ten caballos preparados que vamos á Huesca, quiero ver á mi cuñada Isabel.

—Ya los tengo; no crea usted que he perdido el tiempo, dijo Tomás.

—Y díme: tú conoces al hijo de nuestro viejo patron?... esclamó el coronel.

—Sí, señor; es un truan de marca mayor; arruinó á su padre por estar en Madrid gastando y triunfando, y se vino al fin sin carrera y sin dinero, teniendo que sujetarse á ganar una peseta de escribiente en casa del marqués de Nieblas, donde no pararia mucho porque es un hombre lleno de vicios y de picardías; ahora no sé lo que hará.

—Tiene aquí un niño que de buena gana se le robaba, es encantador!... por eso tambien nos vamos antes de que amanezca, no quiero verle por evitar tentacion!... Ah! qué hermoso es!... y cómo me interesa!...

CAPTULO XLIX.

Visitas de familia.

Serian las nueve de la mañana del siguiente dia cuando ya Leon estaba en el locutorio del convento, esperando á sor María Isabel, mientras que Tomás fué á preguntar si se podria ver á la anciana marquesa y á la madre de Diego.

Algun tiempo tuvo que esperar el impaciente coronel, porque era demasiado temprano para que saliera la madre priora, pero al fin al decirla que era un viajero que debia marchar al momento salió y su sorpresa fué grandísima al encontrarse con Leon.

—Ah! querido hermano!... esclamó ella con la emocion mas viva, ¡qué desgracia tan grande para la pobre Tula!... Yo no la he querido escribir que vivias, por no apesadumbrarla y esponerla á una catástrofe con Jaime porque la rabia de él no tendrá límites al saber que vives.

—Oh! el miserable!... me las ha de pagar!...

—Yo me quedé absorta cuando mi buena suegra vino

con tu carta: dirijí mil preces á Dios por haberte salvado la vida tan milagrosamente, porque te vimos muerto nosotras mismas; sí, Tula no quiso convencerse de lo que la decia Jaime, y exijió ver tu cadáver antes de seguirle al estranjero; entonces nos llevó á las tres, detrás de la ermita de San Jorge, y allí te vimos; á mí no me cabe duda que eras tú, tendido en un matorral, ensangrentado, sin vida!...

—Sí, allí caí!... murmuró Leon.

—Tula se abrazó frenética á tí, y nos costó trabajo separarla!... La infeliz iba gritando como una loca y estuvo enferma por espacio de muchos meses hasta que dió á luz á su hijo; esto la alivió, siendo para ella un consuelo grandísimo.

—Oh! hijo mio!... hijo mio!... cuánto daria por abrazarle!... ¿Y cómo se llama?

—Aurelio Leon, y mi niña, María Isabel.

—Aurelio!... esclamó el coronel, qué particular!...

—Qué te sucede?... te has puesto pálido..... díjole la priora mirándole fijo.

—Oh! negra iniquidad!... horrenda traicion!... si mi asesino!... si descargó sus pistolas sobre mí, casi de jarro cuando mi espada estaba próxima á alcanz

—Qué horror!... ¿y el miserable finjió esa carta sarse con tu mujer?... decia Sor María llorando y cu dose horrorizada la cara con las manos.

—Dios ha querido dejarme vivir para vengar t iniquidad; y juzga de la voluntad divina, me salvó su misma querida, una mujer que tenia con un hijo ralejo, que llena de ansiedad por él vino á buscarl pudiendo entrar en Huesca á las dos de la madrug apeó junto á la ermita y tropezó conmigo, que á ca duda del fresco de la noche, empecé á cobrar el miento: la pedí que me escondiera, porque habien

Entonces ella y un bravo y leal muchacho que aun me sirve, me llevaron á Moralejo, y allí, en su casa, estuve escondido tres meses. En mi convalecencia supe el estrecho lazo que la unia á Jaime, y me marché sin decirla una palabra temiendo que llegara á sus noticias, y siendo como eran dueños del país me hiciera prisionero, estando enfermo y débil que no me podia defender. Pero hoy no le temo, y, juro por mi nombre, que ha de pagar caras todas sus infamias.

El fuego de la indignacion brillaba en los ojos del bravo coronel, que ya no descansaba hasta correr al encuentro del malvado.

—Y dices que tenia un hijo con esa mujer? preguntó la abadesa.

—Sí; una criatura de dos años; y por cierto que se la quitó á poco, dejando medio loca á la infeliz madre que creo ha perecido de mala manera abandonada por él.

—Entonces ese niño es el que llevó antes de casarse con Tula, habiendo entrado tambien con los nuestros en el matrimonio.

—Y Tula le adoptó?... y le tiene con ellos?...

—Sí; es el primogénito; él, en cambio, adoptó dos.

—Pero las ventajas son inmensas para ellos, y esto es una iniquidad!... Tula es millonaria, tiene grandes riquezas y el marquesado de Nieblas está tronado hasta no mas; por eso ha conducido así esta trama infernal, que yo desaré, te lo prometo.

—Pero quién le informó de que estábamos las dos en estado interesante, presentándose en nombre tuyo como salvador?

—Quién?... la cartera que me robó, apenas me creyó muerto. Ahora lo comprendo todo.

—El miserable!... abusar así!...

—Esto solo se compone con su muerte: él mismo ha dictado su sentencia. En aquella cartera estaban, entre documentos que me interesan mucho, nuestra partida de casamiento y carta de Tula dándome cuenta de vuestro estado.

Sor María Isabel, sorprendida de tanta maldad, y de una intriga tan hábilmente combinada, elevaba sus manos al cielo con religiosa uncion.

—De ese modo me inutiliza legalmente, porque nuestro matrimonio no se puede probar, y es nulo; mas bien aparece como que no se ha verificado nunca, porque el archivo del regimiento fué quemado y muertos el dia de la batalla, el capellan y los testigos.

Leon rugía; sus dedos se crispaban con furor.

Sor María añadió:

—Así ha tenido buen cuidado de celebrar el suyo con todas las formalidades civiles y religiosas, asegurando ademas á Tula por un contrato secreto, en que reconoce á su hijo como si fuera de ella.

—Yo truncaré sus planes; y díme, ¿dónde residen? preguntó el coronel.

—A ciencia cierta no lo sé; porque son muy raras las cartas que recibo de Tula; esto me hace sufrir muchísimo, pero lo mismo sucede con nuestra buena madre á la que no escribe jamás, y parece increible que no sepa el estado tan deplorable de salud en que se encuentra.

—Pero en qué punto se casó? no estabas tú allí?

—Sí; asistí á la boda que se verificó en una casa de campo cerca de Bayona, y en el mismo dia nosotras nos vinimos á España, y ella con Jaime y los niños salió para París; y allí creo que esté, aun cuando en la última carta que tuve de Jaime me decia que pensaban viajar algunos años por Europa y por América.

Yo escribo á mi hermana continuamente pero nunca me contesta, haciéndolo él de tarde en tarde á nombre suyo.

—Pues necesito esa direccion para buscarlos, y aun que se escondan en las entrañas de la tierra los encontraré, y sabré recobrar mis derechos, dijo Leon.

—Aquí tienes las señas, repuso la religiosa dándole un papel; pero guárdate mucho; viaja disfrazado y de incógnito, pues Jaime no se dormirá, le estorbas, y en el momento que sepa tu milagrosa resurreccion, si ya una vez ha querido asesinarte lo hará otra con mas seguridad.

—Es posible; agradezco mucho el aviso y no le desdeñaré, por eso conviene que tú no digas nunca que me has visto; solamente á Tula, si á ella sola se la pudiera decir seria conveniente.

—Eso es muy difícil para mí; si tú la encuentras y llegas hasta ella disfrazado, podeis poneros de acuerdo para conjurar esa espantosa fatalidad.

Poco mas hablaron; Leon se retiró despidiéndose con muestras del mas vivo afecto de su hermana que le hizo mil encargos para Tula y para su niña si las veia, y fué á visitar á la anciana marquesa y á la señora María que como es natural le recibieron con el mayor júbilo.

Recordaron todos los acontecimientos pasados recogiendo Leon mil detalles que ignoraba y convenciéndose de

que Jaime vivia con mucha cautela teniendo á su mujer casi incomunicada con su familia y ocultando siempre el punto de su residencia, por lo que vino en conocimiento de que no debia ignorar su milagrosa resureccion.

Pensó desde luego que Rosa se lo habria dicho, ó lo habia leido en los periódicos.

Convenia, pues, obrar con mucha discrecion.

Aquella misma noche salió de Huesca con direccion á Francia, acompañado de su fiel Tomás, y perfectamente disfrazados los dos.

CAPITULO L.

Proyecto de viaje.

Algo mas de un año habia trascurrido, desde que á Tula le robaron su adorado niño y todavía estaba sumida en su angustioso dolor.

Era á primeros de setiembre, la noticia del convenio de Vergara llegó á oidos de Jaime, al propio tiempo que supo por Toribio que el coronel don Leon María Rubiales habia pedido licencia por tiempo ilimitado dirigiéndose al estrangero.

Era indudable que se proponia buscarlos y nunca encontró ocasion mas apropósito de trasladarse á España, lo que ya deseaba con afan.

Se acogió inmediatamente al convenio y se dispuso á emprender su viaje; siempre por supuesto de riguroso incógnito.

Era la hora de almorzar, y viendo que Tula no salia al comedor preguntó á un criado:

—Y la señora?...

—Se ha hecho servir el almuerzo en su cuarto.

Jaime no contestó; pero visiblemente contrariado almorzó solo.

Desde el robo del niño el carácter de Tula, afable siempre y espansivo, se habia hecho uraño y sombrío; se encerró mas todavía en su soledad, y eran muy contados los dias que salia á comer con su marido.

Octavio á consecuencia de la caida que tuvo por una escalera, quedó muy enfermo, raquítico, jorobado, y con una cabeza enorme.

De tal manera se atrasó en su desarrollo, que apenas representaba dos años, cuando tenia mas de cuatro, perdiendo por completo la facultad de andar.

La niña, María Isabel, estaba mucho mas desarrollada, y era hermosísima, rubia, blanca, y de facciones delicadas y finas.

Cuando Jaime hubo concluido de almorzar, mandó á un criado que dijese á la señorita Juana, que deseaba ver á la señora; que se lo participase.

Volvió el criado diciendo que habia dicho la señorita Juana, que su señora descansaba y no se atrevia á molestarla.

Jaime montó en cólera y fué él mismo hácia las habitaciones de su mujer.

Por lo dicho comprenderán nuestros lectores que sus relaciones eran cada vez mas tirantes, si no se odiaban; por lo menos no se querian y se trataban con la mayor indiferencia.

A Jaime sin embargo le convenia tenerla contenta, porque completamente arruinada su casa con motivo de la

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN LEGUINA Comunidad de Madrid

guerra, no podia percibir ni un céntimo por parte de su padre, y estaba atenido á los bienes de su mujer.

Ella le permitia administrarlos sin recelo ninguno muy contenta de que la dejase vivir en paz, sin molestarla con sus estremos de cariño, al que no podia nunca corresponder.

No abandonaron su residencia de Fontainebleau, porque Tula abrigaba siempre la esperanza de que la llevarian su niño, alhagados por la fuerte recompensa que ofreció, anunciándolo contínuamente en todos los periódicos de Francia, y creyendo que no habria llegado todavía esta noticia á oidos de los raptores.

La habitacion de Tula era la misma de siempre; allí estaba la vacía cuna de Aurelio envuelta en blancas colgaduras de encaje.

Ante ella se arrodillaba la pobre madre, como si fuera un altar, derramando lágrimas todas las noches por aquel hijo querido, y dirigiendo preces fervientísimas á la imágen de un Santo Cristo, que estaba á la cabecera de la cuna. Su vida era la del autómata, que se mueve y anda sin saber por qué. De tanto sufrir, su pensamiento se habia embotado y no sabia mas que llorar.

Alejada del mundo nada le importaban los placeres ni los goces de la tierra.

Naturaleza amante y apasionada la suya, no tenia mas ideas, ni mas recuerdos que Leon y su hijo; perdidos estos para ella se sentia languidecer; eran su luz, su esperanza, su vida, sin ellos no la importaba morir.

Parecia la flor que se marchita por falta de sávia que la vivifique.

Jaime llamó á Juana y la dijo:

—Tengo noticias urgentes de la familia que comunicar á la señora; avísela V.

—Bien: veré si está descansando; tenga V. la bondad de sentarse, repuso la jóven mirándole de muy mala gana, porque sin saber darse cuenta de este sentimiento que nacia espontáneo en su corazon, le odiaba igualmente que su señora, y sus visitas le parecian de mal agüero.

Tula no le mandó pasar á su cuarto; pero salió ella al salon y dirigiéndose hácia un divan, le hizo sentar á su lado.

—Perdóneme V., le dijo, si le hago sufrir, y permanezco dias y meses enteros en mi cuarto olvidándome de que V. vive cerca de mí, y de que le debo alguna mas consideracion; ¡pero soy tan desgraciada!...

Los ojos de Tula se llenaron de lágrimas.

No era la fresca y brillante jóven que conocimos en Huesca, cuando animada por el amor que ardia en su alma estaba esplendente con la aureola de la felicidad.

La dicha rejuvenece; así como el dolor marca bien pronto sobre la frente la huella de una madurez anticipada.

Pálida, delgada, pero siempre esbelta, parecia una sombra; dando aire mas lúgubre á su semblante el ropaje negro y flotante de que siempre iba cubierta.

Sus cabellos en rizos caian naturalmente sobre sus hombros.

—Nada tengo que perdonar á V.; esclamó Jaime, solo siento no poder aliviar sus penas cuando daria mi vida por verla feliz!...

—Es tan difícil que yo pueda ser feliz!... Ya ese des-

aliento precursor de la enervadora indolencia se ha apoderado de mi corazon y de tal modo me siento helada por el tédio que todo me es indiferente en el mundo.

Dijo Tula inclinando la cabeza sobre el pecho con languidez.

—Pues hay que cambiar de vida!... esclamó Jaime.

—Y para qué?... me encuentro bien así.

—No querria V. ir á España?...

—Me es igual.

—Su buena madre está enferma; ha sufrido un ataque de parálisis y la llama.

—Oh! entonces iré!... sí, sí; esclamó con cierta viveza que hacia recordar su antiguo carácter.

—Ve V. como su corazon no está muerto?... Aun la cuerda del sentimiento no está estinguida en él, únicamente no vibra para mí!... esclamó Jaime mirándola con tristeza y queriendo apoderarse de una de sus manos.

—Es V. muy bueno; y yo soy una ingrata en no corresponder al afecto de V., lo conozco; pero no lo puedo remediar. Hay naturalezas rebeldes y la mia es una de ellas. En mi corazon brotan espontáneos los sentimientos, y no soy dueña de reprimirlos, ni de enfrenarlos por el cauce de mi voluntad, porque esta y mi razon son impotentes para ello.

Y desde cuando está enferma mi buena mamá, es de cuidado?... yo quisiera partir al momento.

Dijo Tula impaciente ya por ver á su madre.

—No es cosa de alarmarse; pero partiremos mañana al amanecer si V. no dispone otra cosa.

—Convenido; por mi parte todo estará dispuesto.

Y como las personas reales que hacen un signo particular anunciando que ha terminado la audiencia, Tula despidió á Jaime; pero éste la dijo antes de salir del salon.

—Queria anunciar á V. tambien, que la guerra civil ha terminado en España, por un tratado de paz hecho entre los generales Maroto y Espartero.

—¡Dios sea loado!... esclamó Tula; cuántas víctimas ha hecho!... cuánta sangre derramada por sostener en el trono á una niña, que no se acordará nunca de pagarla ni aun en moneda de gratitud!...

—Quizá tenga V. razon!... murmuró Jaime.

—La púrpura real suele embotar en las criaturas el sentimiento del amor y el de la gratitud.

Los dos esposos se separaron profundamente pensativos.

CAPITULO LI.

Aparicion.

Con el pretesto de que Tula estaba delicada, Jaime no quiso hacer el viaje seguido y se detuvieron algunos dias en Bayona.

Fueron á hospedarse á una fonda, donde pidió Tula una habitacion para ella y los niños, y otra separada para su marido.

Jaime necesitaba un pasaporte para penetrar en España, y deseaba adquirir noticias sobre su padre y el de Tula, que iban en la córte de D. Cárlos, siendo esta la principal causa de su detencion en Bayona.

Envió un mensagero á Elisondo, con encargo de buscar al marqués de Nieblas y entregarle una carta.

Pasaron dos dias sin que el enviado volviese.

—Amigo mio, por qué nos detenemos tanto aquí? le preguntó Tula á su marido: deseo vivamente estar al lado de mi madre.

—Nos es imposible pasar y quizá permanezcamos aquí algun tiempo. Está D. Cárlos con las pocas tropas que le han quedado fieles, en la frontera; el general Espartero viene en su seguimiento y es casi seguro que se empeñará todavía una batalla, con la loca esperanza de conseguir una reaccion que es imposible.

—Para esto mejor hubiéramos estado en nuestra casa; es muy incómodo vivir en una fonda.

—Puede V. si gusta trasladarse á su casa de campo; así podremos esperar el resultado de estos acontecimientos y sabremos el paradero de su padre de V. y del mio que me tienen con bastante cuidado.

—Bien, entonces nos iremos mañana; me será grato habitar unos dias en esa casa que tiene para mí recuerdos sagrados; en ella nació mi hijo...

—Y en ella nos casamos; añadió Jaime.

—Es verdad!.. murmuró Tula sin poder contener sus lágrimas al recordar su perdido ángel.

Con este motivo se entró llorando en su habitacion y Jaime salió á dar un paseo por la ciudad.

Esta conversacion habia tenido lugar despues de comer y serian las ocho de la noche.

Juana que habia ido á hacer unas compras volvió muy asustada y entrando en el cuarto de su señorita soltó sobre la mesa lo que traia en la mano y esclamó con acento tembloroso y volviendo la vista atrás como temerosa de que alguien la siguiese.

—¡Ay! señorita de mi alma!.. juraria que he visto al señorito Leon!..

—Estás loca!.. dijo Tula.

—Eso digo yo; pero reflexiono y me convenzo cada vez mas de que era él!.. se me ha aparecido como una sombra... iba pálido, muy pálido...

—Qué uniforme llevaba?..

—Vestia de paisano, se me presentó aquí muy cerca en la esquina; le miré y me miró, pero asustada eché á correr, volví la cabeza al entrar en la fonda y le ví todavía en la esquina, inmóvil, como un espectro!.. Ay! qué miedo tan horroroso he pasado.

—Debiera habértese aparecido con el uniforme de capitan de coraceros con que murió; es estraño que se haya vestido de paisano para volver á este mundo.

—No se burle V. señorita!.. que es verdad!.. le he visto; sí; no me cabe duda.

—Tú deliras!.. yo quisiera haber tenido esa dicha; esclamó Tula suspirando.

—Pues mírele V. allí está!.. gritó Juana agarrándose á las rodillas de su ama que estaba sentada en un sillon y cayendo en tierra medio desfallecida.

Tula miró al sitio que señalaba la atribulada muchacha, era en la casa de enfrente, estaba abierto un balcon y en el fondo del aposento, se veía á Leon pálido, triste, sentado cerca de una mesa, con el codo en la misma y la mano en la mejilla.

Parecia entregado á una profunda abstraccion.

—Dios mio!.. es Leon!.. gritó Tula levantándose como movida por un resorte y elevando sus manos hácia él.

Sus ojos permanecian fijos en aquella sombra fantástica, que mas bien como espectro, que como hombre, se aparecia á la acalorada imaginacion de las dos jóvenes.

Le contemplaban atónitas, sin atreverse á respirar ni á hacer el menor movimiento.

La figura de Leon melancólica y triste estaba iluminada por una luz vivísima.

El aposento de Tula estaba á oscuras, de manera que ellas le veian á él, y él á ellas no.

Su inmovilidad duplicaba la ilusion.

De repente el balcon se cerró desapareciendo la sombra, ó mas bien la realidad.

Por que en efecto, era el coronel que se dirigia á París en busca de su amada esposa cuando la tenia á dos pasos; enfrente de sus mismos balcones, contemplándole estasiada, sin poderse imaginar que era él, y creyendo aquella aparicion sobrenatural.

Las dos jóvenes arrojaron un grito; y abrazadas cayeron al suelo; Tula completamente desmayada y Juana temblorosa y llena de espanto sin fuerzas para sostener á su querida señora, ni para ponerse en pié, ni para llamar á un criado que las socorriese en su tribulacion.

Asi pasaron algunos instantes hasta que la doncella se repuso un poco y tiró del cordon de la campanilla.

Un criado acudió con luz y Juana le suplicó que le ayudase á trasladar á su señora al lecho.

Hiciéronlo efectivamente entre los dos y Juana haciéndola respirar algunas sales, consiguió que al cabo de un buen rato recobrase el sentido.

Apenas volvió en sí su primer pensamiento fué para Leon.

Se incorporó vivamente como asustada, miró á todos lados, buscaba con la vista el sitio de la aparicion y encon-

trándose en el dormitorio, intentaba echarse abajo de la cama gritando como una loca:

—Quiero verle!.. quiero verle!.. dónde está?..

Juana la contuvo. Conocia en el ardor de sus manos y en el brillo de sus ojos que tenia fiebre, y no la dejó levantarse.

—Es inútil; ¡ya ha desaparecido!..... esclamaba Juana.

—Ah!.. viene á pedirme cuenta de nuestro hijo!.. del hijo de nuestro amor!.. Perdon!.. ¡querido amigo!.. perdon!... duélete de mi pena!... soy culpable, es verdad por qué le abandone, le dejé solo un momento y me lo robaron; pero bien caro me cuesta!... Ay! yo no hubiera salido de casa, yo no salia jamás... siempre junto á su cuna, que era un templo para mí, Jaime me sacó de casa, oh! él me llevó á paseo... parece ese hombre una mala sombra para mí!...

Y delirante, acosada por terribles remordimientos, se revolvia en el lecho, gimiendo y llorando presa de la mas horrible desesperacion.

Así pasó toda la noche y al siguiente dia, que un poco mas tranquila se levantó pidiendo enseguida el carruaje por que queria trasladarse á la casa donde su hijo querido habia visto la primera luz.

El misterio de aquella aparicion sobrenatural fué un secreto para las dos, que le ocultaron cuidadosamente.

Tula sintió crecer su ódio hácia Jaime, sin poderse esplicar aquella al parecer inmotivada aversion, á pesar de la conducta intachable que éste observaba siendo el ma-

rido mas cariñoso, mas atento, y mas dispuesto siempre á sacrificarse en beneficio de ella que se podia imaginar.

Parecia una víctima resignada soportando con angélica mansedumbre los caprichos de su tirano.

CAPITULO LII.

Últimas convulsiones.

Mientras la pobre Tula luchaba con las angustias de su interminable martirio, en la frontera se agitaban en horrorosas convulsiones los restos del carlismo, que en torno de su rey pretendian reorganizarse; intentando una reaccion inútil, porque su causa estaba moralmente perdida, y los excesos vandálicos de sus hidrófobos partidarios la concluian de perder desacreditándola para siempre.

La reaccion no pudo felizmente llevarse á cabo. Todos los esfuerzos se estrellaron contra la firme resolucion de los soldados, dispuestos á cambiar el sable por la esteva, y los horrorosos azares de una guerra cruel por la posesion pacífica de sus hogares y por los consuelos de sus queridas familias.

Los llamados Chapelchurris, sobre todo, mostraron una resistencia enérgica y una digna oposicion, negándose abiertamente á la demanda de varios jefes que querian

fuesen á reunirse con don Cárlos, á lo cual repuso un cabo adelantándose de las filas hácia donde estaban los oficiales.

—Ya no sois nuestros jefes, y desde hoy no os reconocemos por tales. Si teneis interés en continuar la guerra, nosotros le tenemos por terminarla.

No pedimos mas que paz y trabajo y volvereremos á empuñar con gusto la pala y el arado. Yo soy el que desde este momento mando estas tropas, retiraos.

Viéronse por consiguiente los jefes y oficiales obligados á desistir, y aun á ocultarse, para no ser víctimas de aquella muchedumbre, pronunciada ya por la paz.

Mas, no fueron de todo punto infructuosos los trabajos que para llevar á efecto la reaccion habian emprendido los desterrados, haciendo instrumentos de sus designios á los insurrectos de Vera, y, últimamente, á todos los militares que rodeaban á don Cárlos.

Los primeros dias del mes de Setiembre, presentaron á los ojos del mundo, pruebas tan evidentes como trágicas del espíritu de ferocidad que animaba á los secuaces del cura Echevarría, y de la suerte que esperaba, en manos de su enemigos carlistas, á los que con el general Maroto celebraron el convenio.

Una soldadesca imprudente, ébria y desenfrenada, mostró en aquellos dias, en los puntos limítrofes á Francia, de cuanto es capaz la ignorancia corrompida y guiada á la vez por la calculada intencion de hombres perversos.

Entregados los insurrectos de Vera y de Lesaca á todo género de escesos, al pillaje, al asesinato y á las mas horrendas obscenidades, acabaron de hacer odiosa para todos la causa carlista, hasta el punto de mostrarse arrepentidos

de haberse empleado en su defensa los hombres de mayores compromisos, viendo cruel y horriblemente justificadas, con tales desafueros, las palabras tan significativas como fatídicas que ha sentado despues en su obra el agente de don Cárlos en Bayona, Mr. Michell, cuando dice: «Los desterrados querian purificar el cuartel real y el ejército: querian limpiar esos nuevos establos de Augias; pero menos dichosos que Hércules, sucumbieron en la empresa.»

Palabras que espresan muy al vivo todo lo que tenian de bárbaro y de sanguinario los proyectos del bando fanático. Con las pocas fuerzas que les restaban, estalló al fin la cólera de estas gentes; y en su delirio y su rábia, no perdonaban á los mismos partidarios de ellos. El tener dinero, era allí un delito que se pagaba con la pena de espoliacion, á la cual estaban sujetos todos los que, rehusando el convenio, pasaban por el boquete de Vera á Francia.

Entre los muchos que allí perecieron, fueron víctimas tambien de esta barbárie los marqueses del Cinca y de Nieblas. Teníaselos por muy ricos, y como no lograron encontrar el dinero que buscaban, los asesinaron, pagando así los dos ancianos su fidelidad á don Cárlos.

El mensagero que Jaime envió para saber noticias suyas, le llevó estas tristes nuevas; volviendo otra vez á Vera para dar sepultura en sitio conveniente á los cadáveres de su padre y del de Tula, que juntos habian vivido y juntos reposaban en la misma tumba, habiendo exhalado á un tiempo su último suspiro.

Al propio tiempo que dieron muerte á los dos marqueses, fusilaron tambien al general don Vicente Gonzalez Moreno, de odioso recuerdo, conocido en la España liberal

con el nombre de *El Verdugo de Málaga*, porque fué el asesino de los inolvidables mártires de la patria Torrijos, Florez, Calderon, Lopez Pinto y demás ilustres víctimas que condujo al cadalso, valiéndose de inícua alevosía.

Este mónstruo recibió su justo castigo del cielo, muerte cruel de manos de sus mismos amigos, quienes habiendo llegado á entender que pasaba por Urdax, conduciendo algunos cajones de dinero á Francia, detuviéronle en esta villa y concluyeron á tiros y á bayonetazos su existencia en las mismas calles de la poblacion.

Muerte que parece providencial, con la cual quedó vengado el partido liberal español, y con él los sagrados fueros de la justicia eterna.

La córte misma del pretendiente, y todos los carlistas de suposicion que le acompañaban, noticiosos de los grandes riesgos que ofrecia el boquete de Vera, tomaron otro rumbo, y, trepando las encrespadas montañas del Pirineo, penetraron en el vecino reino por los Alduines.

Parecen increibles las escenas de barbárie que allí se repitieron; llegó á tanto, y rayó tan alto la indisciplina, la licencia de aquellas vandálicas turbas, que hasta el mismo Echevarría y sus compañeros de iniquidad, viéronse espuestos á ser sacrificados por la barbárie de sus temibles adictos. No habia crímen que no fuese perpetrado por estos, ávidos de venganza, sedientos de sangre, hambrientos de oro, de riquezas con que poder ir á pasar vida cómoda y regalada al extranjero.

Funesto ejemplo de una ferocidad que no se halla en los fastos históricos de las naciones, y que llamando la atencion de la Europa culta, dió ocasion á que los periódi-

cos franceses é ingleses hiciesen una pintura exacta de tanto horror, presentando á estos carlistas ante los ojos del mundo como una horda de bandidos y asesinos, y á sus sostenedores en el extranjero, como fautores y cómplices de tanto crímen.

Con la jornada de Urdax, brillantemente ganada por el general Espartero, concluyó el iluso pretendiente de perder sus posiciones, internándose con sus parciales en Francia.

Así dió fin el invicto hijo de la Victoria, el ilustre pacificador de España, á los últimos restos de la rebelion en las escarpadas sierras y fragosos valles de Navarra y Guipúzcoa, de Vizcaya y Alaba, preparándose para marchar en seguida á Aragon á esterminar por completo á los rebeldes que aun quedaban en España.

Jaime tuvo buen cuidado de acogerse al convenio en en el plazo marcado, obteniendo pasaporte para marchar á Huesca, con su familia.

Tula supo la desgraciada muerte de su padre y de su suegro, deplorando el funesto error que condujo á los dos ancianos á tan amargo trance; los lloró largamente, porque su noble corazon tenia lágrimas siempre para los infortunios agenos, lo mismo que para los propios.

Sintió igualmente que á su padre, el marqués de Nieblas, aun cuando á éste no le consideraba como suegro, ni á Jaime como marido.

Estaban unidos por la ley, habian formado una sociedad por mútuo convenio; pero moralmente eran libres porque no les ligaba el lazo santo de la simpatía y el afecto. Lazo de la naturaleza, que es mas fuerte y mas indisoluble que todas las leyes del universo.

A poco de entrar don Cárlos en Francia, entraron ellos en España.

Los niños, con Juana y dos niñeras, iban delante en un carruaje, siguiéndoles á poca distancia la silla de postas que conducia á los que ya podemos llamar marqueses de Nieblas.